

EL ESTUDIO Y EDICIÓN DE *LA OTRA MITAD*, EL RELATO DE RAFAEL CHIRBES SOBRE LA RUINA ÉTICA Y MORAL DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA

JACOBO LLAMAS MARTÍNEZ
Universidad de León*

Resumen

En este artículo se estudia y edita *La otra mitad*, un relato inédito de Rafael Chirbes dedicado a Vázquez Montalbán sobre un intermediario entre los productores de ropa y calzado chinos y ejecutivos de grandes almacenes occidentales. La narración compendia asuntos predilectos de Chirbes como la traición, la desolación o la connivencia entre dinero y poder; experimenta con el narrador en tercera persona y las recurrencias; y ayuda a documentar los doce años de residencia del escritor en Valverde de Burguillos (Badajoz), una etapa poco conocida pero fundamental para reafirmarse en sus ideales y para su consagración como novelista a comienzos del siglo XXI.

Palabras clave: Rafael Chirbes, *La otra mitad*, relatos, capitalismo, Vázquez Montalbán.

STUDY AND EDITON OF *LA OTRA MITAD*, THE RAFAEL CHIRBES' SHORT STORY ABOUT THE ETHICAL AND MORAL RUIN OF THE CAPITALIST SOCIETY

Abstract

This article offers a study and edition of *La otra mitad*, an unpublished short story by Rafael Chirbes dedicated to Vázquez Montalbán about an intermediary between Chinese clothing and footwear manufacturers and Western department store executives. The narration encapsulates some of Chirbes' favourite subjects such as betrayal, devastation or the collusion between money and power, it experiments with the third-person narration and repetition, and it helps to document the twelve years of the writer's residence in

* Agradezco a Alejandro Nogales Hernández la consulta del texto y a la Fundació Rafael Chirbes la autorización para su estudio y edición.

Valverde de Burguillos (Badajoz), a little-known but key period for the reaffirmation of his ideals and for his recognition as a novelist at the beginning of the 21st century.

Keywords: Rafael Chirbes, *La otra mitad*, short stories, capitalism, Vázquez Montalbán.

1. INTRODUCCIÓN

Chirbes ambicionó ser escritor desde su niñez y adolescencia, durante las que escribió cuentos y versos «místicos» o «puros» al modo de los de Teresa de Ávila, Luis de León, Juan de Yepes y Juan Ramón Jiménez, autores a los que leyó en internados de León y Ávila, como indican Val (2014-2015: 280-281) y Cabezalí (2021: 44), y como el autor evocó en diferentes entradas de su diario inédito, *A ratos perdidos*¹. Chirbes ocultó esa vocación literaria hasta la publicación de su primera novela, *Mimoun* (1988), en verdad la cuarta que escribió tras una primera perdida, *Las fronteras de África* (1981); una segunda que consideró «un antecedente más bien metafísico de *La buena letra*»; y una tercera «que se desarrollaba en buena parte a bordo de un transatlántico» (Chirbes, 2010: 275-276).

Entre sus documentos no se han hallado todavía poemas ni ninguna de las novelas anteriores, pero sí charlas no editadas, con reflexiones semejantes a las ya publicadas (Chirbes, 2002 y 2010), y el cuento o relato breve que se estudia y difunde en este artículo, *La otra mitad*, vinculado por extensión, temática y estilo a otros dos publicados en vida por el escritor, *Temporada baja* (1989), acerca de un frustrado matrimonio de jubilados de clase media baja, y *Un cuento de invierno* (1992), cuyo marco, nombres y tipo de personajes tiene un aire a *Los viejos amigos* (2003)².

¹ La Fundació Rafael Chirbes conserva las seis partes del diario, transcritas a ordenador por el propio escritor, con las notas biográficas y comentarios que fue acumulando sobre lecturas, procesos de escritura, películas o viajes entre 1984 y 2015. La editorial Anagrama publicará en este 2021 las dos primeras partes, que van de enero de 1984 a marzo de 2005.

² El primero está editado en *Revista de Occidente*, 98-99 (julio y agosto, 1989); el segundo en *Revista Bitzoc*, 13 (octubre, 1992). En 2003 el Centro de Profesores y Recursos de Cuenca publicó en *Cuadernos de la Mangana*, 24, *El año que nevó en Valencia* (reeditado en 2017 en la colección Nuevos Cuadernos de Anagrama), un relato bastante más extenso que los citados, en el que Chirbes evocó un episodio de su infancia próximo a la temática, tono y estilo de *La buena letra*. Su amiga Elena Cabezalí (2021: 44) leyó «cuentos estupendos», y desconocidos hoy en día, de la época universitaria del escritor.

Ambos pertenecerían a una colección de cuentos inacabada sobre quienes padecen el oprobio del capitalismo y fueron redactados en paralelo a *En la lucha final* (1991):

A finales de 1987 había concluido *Mimoun* y luchaba con una historia que se convertiría un par de años más tarde en la novela que titulé *En la lucha final*. No conseguía escribir con un mínimo de fluidez, así que pasaba muchas tardes con el miedo del narrador ante el papel en blanco. Para combatir ese miedo empecé a pensar en una colección de cuentos [...] como antídoto contra la euforia que se había apoderado de buena parte de nuestros amigos y conocidos que descubrían las ventajas del capitalismo [...] iba a llevar por título *Temporada baja* [...] No concluí nunca el libro (Chirbes, 1992: 70).

La otra mitad, relato breve fechado en octubre de 1994, respondería al intento de Chirbes de paliar un nuevo bloqueo creativo una vez finalizada la novela *Los disparos del cazador* (1994), y encajaría en la inconclusa colección de cuentos que, a modo de breves «cuadros de costumbres», mostrarían la ruina ética y moral de las relaciones y modos de producción capitalistas.

La no publicación de *La otra mitad* pudo obedecer a razones muy dispares: a que se hubiese traspapelado el texto y el autor lo creyese desaparecido cuando en el año 2000 se mudó de Valverde de Burguillos (Badajoz) a Berniarbeig (Alicante), ya que en ese traslado Chirbes perdió varios libros de su propiedad; a que no dispusiese del número suficiente de cuentos para un volumen; e incluso a la insatisfacción del resultado. El escritor dudó en muchas ocasiones del valor y la calidad de sus obras y se negó a reimprimir *En la lucha final*, para que quedase olvidada dentro de su trayectoria literaria. De hecho, la publicación al año siguiente de *La buena letra* (1992) reorientó la forma de novelar del autor, quien, en vez de un protagonista masculino con pretensiones de ser escritor que narra situaciones asimilables al presente o a un pasado próximo de su biografía como en *Mimoun* y en *En la lucha final*, recurrió a un personaje femenino para evocar su infancia y el pasado de su familia. Esto se iría ampliando en sus novelas siguientes, *Los disparos del cazador* (1994), *La larga marcha* (1996) y *La caída de Madrid* (2000), en las que el dialogismo amplió la visión sobre la posguerra y el franquismo, y diseminó las vivencias, convicciones y contradicciones del propio Chirbes, que no volvió a

centrarse en un tiempo muy próximo al de la publicación de la novela hasta en *Los viejos amigos*. De este modo, *La otra mitad* no encajaría en el proyecto emprendido por Chirbes a partir de 1992, quien quería apartarse de las tendencias de la narrativa española destacadas por las historias de la literatura del último cuarto del siglo xx: la novela negra, de intriga, suspense o metaliteraria; los motivos cosmopolitas, exóticos u orientales; y la temática desencantada y marginal³.

2. LA OTRA MITAD: ASUNTOS, PERSONAJES, NARRADOR, ESTRUCTURA Y ESTILO

El examen de *La otra mitad* documenta un período poco conocido y escasamente referido por Chirbes en su diario, pero muy significativo para su afirmación como novelista a finales de la década de los noventa del siglo xx⁴. Una de las exiguas alusiones al período la ofrece Herralde (2006: 80):

El empleo del tiempo de Chirbes durante los once años que residió en el pueblo [Valverde de Burguillos] era bien simple. Aparte de los periódicos viajes para sus reportajes en la revista *Sobremesa* [...] se pasaba el día en casa escribiendo y leyendo como un poseso, y por la noche iba a tomar copas en las cantinas locales [...]. Una vida social, pues, poco estimulante (y más para un levantino como Chirbes) pero que le proporcionó tiempo holgado para escribir *La larga marcha* y *La caída de Madrid*, dos obras magnas en todos los sentidos.

³ Aunque muchas historias de la literatura española comentan la cuestión, remito a Sanz Villanueva (1992). Para la trayectoria literaria de Chirbes puede verse Basanta (2021), con un pequeño matiz: Chirbes aspiró a escribir la gran novela de su tiempo desde sus inicios como novelista, puesto que *Mimoun* iba a ser una novela mucho más extensa y ambiciosa, del estilo de *La larga marcha*, *La caída de Madrid*, *Crematorio* (2007) y *En la orilla* (2013): «no estoy haciendo más que un Bowles de segunda fila. [...] No va a ser la novela de quinientas páginas que yo creía cuando la empecé. Será más bien una novela corta, una *nouvelle*» (Chirbes, 1984-1995: 133). Además, la inédita *Las fronteras de África*, cuya primera parte fue presentada al Premio Sésamo en 1981 (Val 2014-2015: 288), ya «tenía más de trescientas páginas» (Chirbes, 2010: 275).

⁴ Existe una gran desproporción en el número de páginas y entradas entre enero de 1984 y marzo de 2005 (unas 456), y entre marzo de 2005 y agosto de 2015 (unas 1687). Esa escasez coincide con una etapa en la que se suceden los libros y artículos de Chirbes, y en la que aparecen en la editorial Alianza dos traducciones suyas apenas mencionadas, *Nupcias* (1996) y *El verano* (1996), de Albert Camus.

Alejandro Nogales conserva reseñas, conferencias y artículos mecanografiados por Chirbes en Valverde de Burguillos, es decir, entre los años 1988 y 2000⁵. Todos estos textos están publicados (Chirbes, 2002 y 2010), salvo *La otra mitad*, un relato de nueve páginas, a máquina y sin numerar, que el autor debió de dar por bueno o casi, porque no presenta correcciones y apenas contiene erratas: la más evidente «nausea» en lugar de náusea⁶. La dedicatoria «a Manolo Vázquez Montalbán» avala la consideración de versión final o muy avanzada del cuento. El título y el argumento, centrado en un desarraigado hombre de negocios a caballo entre Europa y Asia, contemplan temas que Chirbes también ligó a la figura de Vázquez Montalbán:

él mismo [Vázquez Montalbán] se sabía raro y solitario. [...] por no haber sido nada al pie de la letra [comunista, socialista, escritor, periodista, catalán...] uno se lo encontraba siempre solo, de acá para allá [...]. La muerte lo pilló así en Bangkok, solo, y a mitad de camino entre allá y acá. Como había vivido (Chirbes, 2003: 66).

Con todo, el desencanto, la insatisfacción y la melancolía del demediado protagonista de *La otra mitad* podrían remitir al mismo Chirbes, quien compartió vivencias y observaciones muy parecidas a las del personaje en sus reportajes sobre Pekín, Shanghai, Cantón, Hong-Kong y Bangkok, divulgados en la revista *Sobremesa* entre septiembre de 1993 y febrero de 1994 (Chirbes, 1993a, 1993b, 1993c, 1993d, y 1994). Las alusiones a los mismos barrios, mercados u hoteles en el cuento y los reportajes son evidentes, aunque más significativas resultan las apreciaciones sobre los estragos de la globalización, el consumismo, el exotismo, que linda con el racismo, las sórdidas condiciones de trabajo o la pérdida de

⁵ Aunque otros habitantes de la localidad recuerdan anécdotas con él, Alejandro Nogales es el mejor conocedor de esta etapa de Chirbes. Nogales conoció al autor inmediatamente después de la publicación de *Mimoun* en noviembre de 1988 y la amistad duró hasta la muerte de Chirbes en agosto de 2015. En los años noventa el escritor integró, como independiente, una de las listas de Izquierda Unida a la alcaldía de Valverde de Burguillos. La candidatura no obtuvo el respaldo esperado, y supuso su renuncia definitiva a concretar los ideales solidarios, de igualdad y justicia a los que aspiró en su juventud.

⁶ «Tanería» en lugar de tenería tal vez no se deba considerar error ni errata, sino una posible variante dialectal (Corominas, 1976: 563, documenta la forma «tanaría» en 1181), y el empleo de «youanes» por yuan, un trastrueque fonético.

tradiciones⁷. A esta desazonada visión se suma el que los trabajadores explotados pertenezcan a sociedades con gobiernos que, en nombre del comunismo, predicaron la equidad, la dignidad o la justicia, pero que han acabado compartiendo el culto al dinero y los modos insolidarios, viciosos y corruptos de los países capitalistas occidentales:

La ciudad de nuestros sueños adolescentes sigue flotando con ligereza de humo entre las páginas de algunos libros [...]. En Shanghai arraigó pronto el pensamiento del primer reformador social moderno, Sun Yat Sen, se fundó el Partido Comunista [...] los estudiantes que aprenden el capitalismo a marchas forzadas, los jovencísimos ejecutivos, las muchachas de porcelana en nueva y espléndida floración, las campesinas, los obreros procedentes del interior que miran atónitos el desarrollo de algo desconocido, bello y terrible como una planta carnívora. Shanghai (Chirbes, 1993b: 59-62)⁸.

[...] había sentido una desolación inmensa entre aquellos hombres delgados y sudorosos que se inclinaban sobre las piezas en estampación y las adolescentes acurrucadas sobre las máquinas de coser [...] había [f. 11r] sentido miedo de sacar un billete de diez *youanes* y mostrárselo a alguien para que le ayudara, y que aquella multitud de seres, a quienes la cercanía de la frontera había vuelto ansiosos, se abalanzara sobre él para robarle y despedazarle (Chirbes, *La otra mitad*).

La dualidad de la vida del personaje le impide llevar una existencia plena: en Asia porque desprecia la sumisión y entrega de sus gentes al dinero, y con su familia y amigos porque no puede compartir lo desgraciado de su condición de explotador, un hecho al que no dan importancia o que ignoran o prefieren ignorar. Como no se acierta a deducir del todo qué resulta más doloroso y grave desde la perspectiva del protagonista –

⁷ Las imágenes de los reportajes, obra del propio Chirbes, enfatizan lo pernicioso del capitalismo en las ciudades asiáticas referidas; obsérvese, por ejemplo, la de un joven junto a una botella de plástico y otras tres de vidrio de la compañía Coca-Cola (Chirbes, 1993c: 54-55). Las fotografías de estos y otros viajes, de gran interés para el estudio del temperamento del escritor, se pueden consultar en la Fundació Rafael Chirbes.

⁸ En distintos pasajes de su producción, Chirbes lamenta haber creído en las proclamas comunistas de gobiernos sanguinarios y autoritarios, pero en pocos con la intensidad con la que lo hace en este reportaje sobre Shanghai.

si el desconocimiento o la inconsciencia–, se supone que ambas cuestiones son igual de censurables⁹:

No, nunca le había contado [a su mujer] cuántas noches la buscaba dentro de los ojos de aquellas muchachas de porcelana que se presentaban sigilosas en la habitación [...] ni tampoco que, ahora, cuando volvía a casa, no se acostumbraba al olor del ambientador de la habitación que compartía con ella, y que se asfixiaba por las noches en el adosado que, gracias a sus viajes orientales, estaban a punto de terminar de pagar en aquella urbanización [...] Pero de eso nunca había hablado con su mujer y ni siquiera con los amigos, que le preguntaban groseros acerca [...] de las muchachas chinas. «¿Son tan delicadas como dicen?». «¿Es verdad que no tienen vello y que su vagina apenas sí admite un órgano normal, de tan pequeña como es?» (Chirbes, *La otra mitad*).

El trabajo del protagonista es la causa de sus desajustes emocionales, los cuales repercuten en su mujer e hijos, a quienes no se puede imaginar dichosos¹⁰. El personaje y su familia sufren el impacto ético y moral derivado de las hegemonías económicas, culturales y sociales generadas por el modelo globalizado y de producción capitalista actual, pero al mismo tiempo lo retroalimentan porque les beneficia o porque no alcanzan a cuestionarse las emponzoñadas dinámicas creadas. Son, pues, víctimas y verdugos, y esta inacción o complicidad es la que llena de desazón y carcome a muchos personajes de las novelas de Chirbes, desde Vicente Tabarca en *La larga marcha* hasta Esteban en *En la orilla*, pasando por el propio escritor, que acabó renegando de ciertos ideales solidarios y fraternos una vez consumado el fracaso de la Unión Soviética y de la China de Mao Tse Tung. El pasaje que reproduce el título del relato se ligaría a esto último: a un Chirbes que, como el personaje, ha vivido en realidades geográficas diferentes, y que forma parte de una sociedad capitalista a pesar de sus convicciones marxista-leninistas: «A veces tenía

⁹ De forma parecida, Vázquez Montalbán destacó en diferentes textos cómo el desconocimiento, la despreocupación y la escasa formación convierte a los ciudadanos en masas fácilmente controlables por medios de comunicación, gobiernos y multinacionales.

¹⁰ En *La otra mitad* Chirbes se refiere en una ocasión a la «hija» del protagonista y en dos a sus «hijos». La mención de la «hija pequeña» enfatizaría que ni siquiera la candidez y la ternura de esta le aporta al personaje la felicidad suficiente ni le ha decidido a resolver su conflicto interior y apostar por una plácida existencia familiar, tal como se explica líneas más abajo a propósito del título del relato.

la impresión de que alguien había cortado a los hombres por la mitad y había enviado cada mitad al otro extremo del mundo y que, por eso, no eran felices» (Chirbes, *La otra mitad*). Fugazmente, el personaje alcanza la plenitud de sus dos partes o «mitades», la del hombre de origen occidental que disfruta de la excitación vital y sensorial de oriente, que se mimetiza en esas realidades orientales sin tener en cuenta las diferencias culturales, económicas y de clase, y aunque esta sensación de gozo se desvanece pronto, cada nuevo viaje renueva la esperanza de aglutinar las dos mitades escindidas de su ser y de lograr la felicidad. La reunión de esas dos mitades haría que el personaje aceptase de una vez su condición de occidental y disfrutase de su familia y acomodada posición económica sin sentirse culpable, o que asumiese el rechazo de esa vida e iniciase otra en Asia desembarazándose de sus obligaciones familiares y económicas:

Por amor a su mujer y a sus hijos había aceptado compromisos cada vez más rigurosos, estancias fuera de casa cada vez más prolongadas, y con los besos que daba en los labios de aquellas frágiles muchachas chinas que parecían a punto de romperse bajo el impulso de su pesado cuerno occidental, sentía que preservaba la felicidad de lejos [...] Luego, mientras se afeitaba desnudo, la imaginaba a ella quitándose despacio las medias y ofreciéndose al agua de la ducha, y en aquel instante, inmediatamente después de interrumpida la conversación, sentía una fatiga suave, como la que se siente una vez concluida la ceremonia del amor, y era como si las dos mitades del mundo se encontraran durante algunos momentos en una evanescente ceremonia, y a continuación fuera de nuevo necesario salir a buscarla (Chirbes, *La otra mitad*).

La situación amorosa del personaje de *La otra mitad* también recuerda en parte a la vivida por Chirbes entre España y Francia con un tal François, a quien el autor conoció, según su diario, a finales de diciembre de 1984, y al que desde el 31 de agosto de 1987 barajó dedicarle una novela (esta acabaría siendo *Paris-Austerlitz*, 2016, escrita al mismo tiempo o poco después de *La otra mitad*)¹¹. Lo interesante es que la mala conciencia de Chirbes por su mejor condición social, económica y cultural que François se asemeja al sentimiento del personaje del relato con

¹¹ Herralde (2006: 84) explica que Chirbes descartó la publicación de *Paris-Austerlitz* en torno a 1995.

respecto a los colectivos orientales explotados, ya sean obreros, bármans o prostitutas¹²:

Pienso en escribir una novela dedicada a él [François]; ya que no he sido capaz de darle lo que me pedía, darle lo que tengo, lo que puedo esforzarme por tener, una novela escrita con mi mala conciencia por no tener una casa tan pequeña como él, ni levantarme tan temprano, ni pasar tanto frío; por tener más oportunidades que él (Chirbes, 1984-1995: 135).

Otros asuntos de *La otra mitad* traslucen más constantes temáticas de las novelas de Chirbes –la codicia, el deseo, el soborno, la traición, el desagrado del instinto sexual–, mientras que la situación del ignoto protagonista, a disgusto con su vida laboral y familiar, así como sus costumbres, solitarias y alcohólicas, recordarían al Chirbes hastiado de sus reportajes de viajes para *Sobremesa*, y al desamparado residente de Valverde de Burguillos que buscaba conversación en los bares del pueblo.

Otro rasgo muy destacado de *La otra mitad* con relación a la literatura de Chirbes es el paso de un narrador en primera persona, presente en las novelas publicadas antes de octubre de 1994, *Mimoun*, *En la lucha final*, *La buena letra* y *Los disparos del cazador*; a otro en tercera en estilo indirecto libre, aunque focalizado en el protagonista. Chirbes emplearía este tipo de narrador «compasivo» o empático en sus dos siguientes novelas, *La larga marcha* y *La caída de Madrid*: «En alguna novela he hablado de la tercera persona compasiva. Hay una empatía con estos personajes» (Armada, 2013)¹³. En *La otra mitad*, este narrador y el hecho de que ninguno de los personajes tenga un nombre denota, por una parte, la insignificancia de unos individuos convertidos en masa, desclasados, deshumanizados, pero, por otra, personaliza, merced a la tercera persona

¹² Chirbes también experimentó una contradictoria o escindida sensación por ocupar una posición distinta a la que le correspondía por su extracción humilde y obrera como huérfano de un ferroviario gracias a la formación y cultura que fue adquiriendo. Franco «[autorizó] universidades laborales para que estudiaran los hijos de los obreros y aprendieran oficios que exigían mancharse con grasa o cemento, y que los hijos de las familias pudientes no estaban dispuestos a ejercer. Me libré milagrosamente de esas universidades laborales en mi adolescencia» (Chirbes, 2010: 290-291). Otros detalles en Cienfuegos (2021).

¹³ Sobre el uso de la tercera persona en cuentos y relatos, Chirbes señaló: «La verdad. La tercera persona cada vez me resulta más difícil. Igual puede funcionar en un cuento, en cosas así, porque al fin y al cabo un cuento es, digamos, una voz más frágil» (Barjau y Parellada Casas, 2013: 20).

«compasiva» y a la focalización de los hechos en un ser concreto, la desolación íntima de cada uno de ellos y de la sociedad actual en general¹⁴. En consecuencia, cualquier hombre sometido a las dinámicas capitalistas padece el malestar de los individuos del relato, y ni explotadores ni explotados escapan a ellas.

La estructura circular del relato y las recurrencias narrativas refuerzan las ideas previas y el bucle de insatisfacción del protagonista. El cuento comienza con el personaje acostumbrado a vivir «así», es decir, efectuando continuos viajes entre oriente y occidente, y con la amargura ética y moral de lo que debe contemplar y tolerar debido a su oficio: la precariedad de obreros, bármanes y prostitutas, la desafección y sorna de sus vecinos y amigos, el incomprensible amor de su mujer hacia alguien tan miserable y cínico como él, las irreconciliables diferencias culturales entre oriente y occidente...:

Se había acostumbrado a vivir así. [...] Era curioso, pero se había acostumbrado a vivir así, de un sitio para otro, como si vigilara los pedazos dispersos de sí mismo. Y cuando estaba con su mujer, echaba de menos la tristeza con que la buscaba cada noche en el fondo de los vasos. [...] Su melancolía allí, en la lejana China, la que lo asaltaba entre los montones de coles y los peces que exhalaban su último suspiro encima de los mostradores instalados en plena calle, o mientras escuchaba aquellas músicas en las que uno no sabía distinguir muy bien hasta dónde llegaba la tristeza del lamento humano [...] Ya desde la puerta del ascensor, escuchaba la melancólica música de violines que sonaba en el bar (Chirbes, *La otra mitad*).

Las iteraciones propician las rupturas temporales de *La otra mitad*, la alternancia entre un presente mínimo, circunscrito a una realidad cotidiana y contemporánea (la del personaje acicalándose en un hotel asiático para asistir a una cena de negocios más), y las evocaciones del narrador, que informan de muchas otras circunstancias de la vida del protagonista. Chirbes repitió esta estructura en la mayoría de sus novelas: una situación presente de escasa acción y desarrollo que fomenta las

¹⁴ Chirbes procedió de un modo parecido en *En la orilla*, donde priva de nombre al padre de Esteban y de apellido a los personajes humildes y derrotados, y *En la lucha final*, donde el narrador principal carece de nombre y evidencia su propia mezquindad a medida que relata la vileza del resto de personajes.

relevantes introspecciones de personajes como Ana, la protagonista de *La buena letra*, que cuenta a su hijo las vicisitudes pasadas en la casa que quiere vender; de los antiguos camaradas de *Los viejos amigos* durante una cena de reunión en Madrid; o de Rubén y Silvia Bertomeu, Sarcós o Mónica la mañana de la muerte de Matías Bertomeu en *Crematorio*.

Los esquemas sintácticos de *La otra mitad*, que abundan en miembros e incisos, demoran además el tempo de las introspecciones y acciones en pasado, y sugieren de nuevo la poco gratificante vida laboral y personal del protagonista. A su vez, en muchas de estas construcciones se detectan paralelismos, simetrías y dualidades espaciales y temporales que inciden en la escisión y sufrimiento emocional del personaje. En Chirbes, los procedimientos arquetípicos del estilo (metáfora, paralelismo, polisemia) tienden a convertirse, por tanto, en modelo estructural de su construcción narrativa. En algunos casos, los efectos creados por las figuras de repetición para reforzar la desolación íntima del protagonista originan secuencias un tanto verbosas y restan fluidez al relato, sobre todo en la parte final. Y ciertos términos, como «disonaba» o «bóveda», también acaban resultando un tanto artificiosos o afectados:

Por amor a su mujer y a sus hijos había aceptado compromisos cada vez más rigurosos, estancias fuera de casa cada vez más prolongadas, y con los besos que daba en los labios de aquellas frágiles muchachas chinas [...], sentía que preservaba la felicidad de lejos, aquella que lo asaltaba una vez a la semana por teléfono, cuando los niños le decían papá, y daban un beso al lejano auricular, y luego ella le decía, ya a solas, con aquel zumbido de fondo que era como una bóveda de cristal de diez mil kilómetros de ancha, «te quiero». (Chirbes, *La otra mitad*).

En suma, *La otra mitad* es un relato con temática, narrador y estructura próximos al de novelas, e incluso reportajes, conferencias y ensayos de Chirbes, y cuyo protagonista podría ser, como sucede con los individuos de sus relatos breves *Temporada Baja* y *Un cuento de invierno*, una prolongación de su persona o una voz o personaje más de sus novelas corales y polifónicas, centradas en el presente o un pasado muy reciente, es decir, de *En la lucha final*, *Los viejos amigos*, *Crematorio* o *En la orilla*.

3. *EL FIN DE LA HISTORIA...*: CONCLUSIONES

Incapaz de asumir el vacío creativo o de acometer una novela extensa como *La larga marcha* con la exactitud y precisión de sus *nouvelle* anteriores (*La buena letra* y *Los disparos del cazador*), en octubre de 1994 Rafael Chirbes retomaría la idea de reunir una serie de relatos «como antídoto contra la euforia» del capitalismo en su entorno cercano, un aspecto del que ya se había hecho eco *En la lucha final* y sobre el que volvió en *Los viejos amigos* y *Crematorio*. En tres de esos relatos, *Temporada baja*, *Un cuento de invierno* y *La otra mitad*, Chirbes aglutinó las observaciones y convicciones políticas, éticas y morales en las que venía insistiendo en sus reportajes de la revista *Sobremesa* desde mediados de los años ochenta, donde lamentaba el empuje del capitalismo, el turismo y la globalización en detrimento del cooperativismo y de las especificidades paisajísticas, productivas y culinarias de cada territorio. *Temporada baja* (1989) y *Un cuento de invierno* (1992) aparecieron en años muy significativos históricamente: el de la caída del Muro de Berlín, que celebraba simbólicamente la desmembración de la Unión Soviética y la hegemonía capitalista, y el de la celebración de la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona, que confirmaba a España como país capitalista *de facto* tras el ingreso en la OTAN y en la Comunidad Económica Europea. Todo ello fue propiciado, siempre de acuerdo con Chirbes, por la connivencia de las élites económicas y políticas, y por una sociedad, deseosa de medro, lujo y poder, que respaldó el capitalismo a ultranza de las democracias occidentales ensalzado por Francis Fukuyama en *The End of History and the Last Man* (1992), y que no reparó en la devastación ética y moral que suponía para sus vidas ni para el país. En 1994 Chirbes rubricó *La otra mitad*, donde se resaltan las devastadoras consecuencias del librecambismo en la China socialista y el creciente desencanto del protagonista al sentirse a la deriva pero partícipe de las desigualdades y conflictos emocionales y de clase que esa doctrina económica genera¹⁵.

¹⁵ La supresión del capítulo final en las ediciones traducidas y en las reediciones de *La buena letra*—del año 2000 en adelante, en el que los personajes de Ana e Isabel volvían a encontrarse y transmitía cierta «circularidad consoladora» (Chirbes 2000: 8)—ratifica esta visión de Chirbes a lo largo de los años noventa: «Si cuando escribí *La buena letra* [entre mayo de 1990 y agosto de 1991] no acababa de sentirme cómodo con esa idea de justicia del tiempo que parecía surgir del libro, hoy, diez años más tarde, me parece una

Chirbes concilió este ideario en sus novelas, conferencias, ensayos y prólogos. Según Chirbes (2013: 8), los parlamentarios, senadores, alcaldes y concejales españoles culminaron entre 1977 y 1992 la capitalización iniciada por los tecnócratas franquistas «bajo el razonable argumento de cambiar pasado por futuro, fue un cambio de ideología por bienestar; es decir, un trueque de verdad por dinero. Y el país [España] lo aceptó». Se erradicaron así las ansias de libertad, justicia e igualdad de ciertas capas de la población en los años sesenta y setenta, como se relata en *La larga marcha* y *La caída de Madrid*. El truncamiento de estos ideales permitió que los sectores más beneficiados del franquismo no fuesen condenados y se perpetuasen en el poder, y amparó el ascenso económico y social de familias, empresarios y gobernantes que legitimaron el indulto, el neoliberalismo y la especulación.

Sobre esas bases fraguó la democracia española actual, que menoscaba los valores solidarios y humanos en beneficio de la explotación y del libre mercado, que inficiona las relaciones afectivas y amistosas, las decisiones políticas, las rutinas informativas, la crítica cultural o los méritos artísticos, tal como Chirbes deslizó en *En la lucha final*, *Los viejos amigos* y *Crematorio*. El resultado es el de un país cuyos individuos –cegados primero por el dinero fácil de contratas y fondos públicos, y posteriormente consumidos o anestesiados por el lucro, el desempleo o la precariedad– son cómplices del sometimiento de las corporaciones financieras, de las condiciones de vida indignas y del padecimiento económico y moral. El infausto final de este desarrollo capitalista avanzado, acelerado o «turbocapitalismo», según la ingeniosa denominación de Edward Nicolae Luttwak de mediados de los años noventa, se asemejaría a lo relatado por Chirbes en *En la orilla*, título referencial sobre la fuerza «centrípeta» (Eusebio, 2013: 249) que ejerce el marjal en el argumento de la novela, y que metafóricamente podría remitir a que la humanidad

filosofía inaceptable, por engañosa. El paso de una nueva década ha venido a cerciorarme de que no es misión del tiempo corregir injusticias, sino más bien hacerlas más profundas». Recuérdese que la sobrina, la nuera y el hijo de Ana, Manuel, quieren lucrarse con la venta de la casa en la que Ana ha vivido desde los años treinta del siglo XX, borrando así las vicisitudes sufridas en ella durante la guerra y la dictadura franquista: «Vosotros os encargaréis de levantar en su lugar un edificio de viviendas en el que tendré un piso cómodo y moderno, además de unas rentas. “Le quedará un buen pellizco, tía”, me dijo tu prima, “y es que es una pena que esté tan desaprovechado ese solar”» (Chirbes, 2000: 136).

sigue muy lejos todavía de la sociedad hermanada, igualitaria y fraterna que proclama desde hace más de dos siglos¹⁶. De hecho, casi todos los personajes de Chirbes, con independencia de su posición y clase, se entregan al capital por codicia, poder y sexo, con resultados siempre funestos afectiva y emocionalmente. Por supuesto, los mayores instigadores y beneficiarios del mercantilismo son los principales culpables del colapso financiero, ético y moral actual, pero para el escritor todos los individuos, incluso aquellos menos favorecidos, son responsables por sus deseos de mejora económica y social o por su desafecto y abulia.

El propio Chirbes (2004: 371-372) se reconoció un miembro culpable más del sistema: «[...] hubo un tiempo en el que viajar salvó de sí mismo a un joven que peleaba contra una realidad gris que lo rodeaba, asfixiándolo, y de la cual le costó mucho tiempo darse cuenta de que él también formaba parte»¹⁷. El autor debió de experimentar una sensación parecida cuando, para alejarse de Madrid y no asistir al reparto de cargos una vez aprobada la constitución de 1978, aceptó impartir clases en la Universidad de Fez durante el curso 1979-1980. En 1988 un impulso semejante lo llevaría a fijar su residencia en Valverde de Burguillos y a abandonar definitivamente la capital, que por aquel entonces simbolizaba y acogía las

¹⁶ Chirbes (2010: 116) trasladó con ello su punto de vista sobre la evolución capitalista de la sociedad burguesa surgida de la Revolución francesa, coincidente, en su opinión, con la de Galdós en las *Novelas contemporáneas*, en las que «el dinero convertía en aristócratas a carniceros y prestamistas; las señoras de alta sociedad se prostituían por una entrada de teatro y un lazo de seda francesa; los políticos estaban más preocupados por sus negocios que por el bien común, y los literarios revoloteaban entre los escotes de las aristócratas, preocupados por las buenas maneras, y usaban las piruetas de la lengua para tapar la desoladora verdad del tiempo que les había tocado vivir».

¹⁷ Cuatro años antes de su muerte, Chirbes (2011) recordó de nuevo el –a su juicio– fracaso político y social propio y de su generación: «Yo me siento traicionado a mí mismo; es decir, que yo no he hecho lo que creo que debería haber hecho, y para no ahogarme en este magma en el que hemos acabado todos pues escribo intentando salir a flote. Pero vamos..., no me siento especialmente feliz con lo que he hecho. De hecho, aquello que hablábamos “yo viviré en comunas y será todo de todos” ... Y yo vivo solo, encerrado con mis dos perros y mis tres gatos, y no quiero ver a nadie; es decir, que fracaso más grande [...]. Y vivo en el campo para no tener que aguantar ni a vecinos; o sea, que he fracasado profundamente en lo que esperaba, en mis aspiraciones sociales: he acabado siendo un individualista».

instituciones más representativas e influyentes de la España moderna, liberal y democrática¹⁸:

La España que, a fines de los ochenta, enterraba precipitadamente sus señas de identidad –la España de la Exposición Internacional y los Juegos Olímpicos– y en la que se imponía un pragmatismo [...] de corte posmaoísta [...] yo vivía por entonces en un pequeño pueblo de Extremadura, donde la pervivencia de las viejas costumbres en la vida cotidiana [...] El país había emprendido otros rumbos y era como si lo que yo había vivido en mi primera infancia [...] no hubiese existido nunca (Chirbes, 2010: 28-29).

En su obra Chirbes volcó, pues, sus conocimientos de historiador, la observación de su realidad, sus prejuicios socioeconómicos y culturales, y las decepciones amistosas, amorosas y políticas de su trayectoria vital. Pero seguramente estas y otras claves ideológicas y literarias se comprenderán mucho mejor con la lectura y estudio del legado del autor conservado en la Fundació Rafael Chirbes, entre cuyas galeradas, reseñas y prólogos dispersos quizá se hallen documentos de tanto interés como *La otra mitad*, el cuento que se edita al final de este artículo, o los otros ¿cuatro? relatos que declaró haber escrito y que no se conocen: «He escrito alguno, sí, pero es muy difícil, muy difícil. Tengo alguno por ahí publicado en alguna revista, pero nada. Vamos, llevo ocho cuentos escritos en toda mi vida» (Barjau y Parellada, 2013: 20).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARMADA, A. (2013): «Rafael Chirbes: “No hay riqueza inocente”». *ABC* (Madrid), 26 de mayo, 68-69.
- BARJAU, T. y PARELLADA CASAS, J. (2013): «Rafael Chirbes, en Beniarbeig». *Ínsula*, 803, 13-21.
- BASANTA, Á. (2021): «La larga marcha de Rafael Chirbes: de *Mimoun* a *Paris-Austerlitz*». En Lluch-Prats (2021: 221-244).
- CABEZALÍ, E. (2021): «Rafael Chirbes, la tercera persona compasiva». En Lluch-Prats (2021: 41-51).

¹⁸ Con esta decisión Chirbes también consiguió reducir gastos, alejarse de malos hábitos y compañías, y dedicar más tiempo a la literatura.

- CHIRBES, R. (1984-1995): *A ratos perdidos I (1984-1995). Una habitación en París*¹⁹ [diario inédito].
- CHIRBES, R. (1992): «Un cuento de invierno». *Bitzoc*, 13, 67-70.
- CHIRBES, R. (1993a): «Pekin. La ciudad interminable». *Sobremesa*, 106, 16-25.
- CHIRBES, R. (1993b): «Shanghai. La dama de Oriente». *Sobremesa*, 107, 54-62.
- CHIRBES, R. (1993c): «Cantón. La ciudad de la abundancia». *Sobremesa*, 108, 54-62.
- CHIRBES, R. (1993d): «Hong-Kong. La orilla deslumbrante». *Sobremesa*, 109, 55-59.
- CHIRBES, R. (1994): «Bangkok. Los caminos del agua». *Sobremesa*, 111, 46-54.
- CHIRBES, R. (2000): *La buena letra*. Madrid: Debate.
- CHIRBES, R. (2002): *El novelista perplejo*. Barcelona: Anagrama.
- CHIRBES, R. (2003): «Manuel Vázquez Montalbán, el adiós del maestro». *Sobremesa*, 219, 64-68.
- CHIRBES, R. (2004): *El viajero sedentario*. Barcelona: Anagrama.
- CHIRBES, R. (2010): *Por cuenta propia. Leer y escribir*. Barcelona: Anagrama.
- CHIRBES, R. (2011): «Entrevista con Rafael Chirbes». Zafra, ZafraTVLocalia 14 de junio.
- CHIRBES, R. (2013): «Prólogo: Un escritor egoísta». *Pecados originales. La buena letra & Los disparos del cazador*. Barcelona: Anagrama, 7-10.
- CIENFUEGOS, J. (2021): «Los años de internado». En Lluch-Prats (2021: 19-40).
- COROMINAS, J. (1976): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos (3.^a ed., 3.^a reimpr.).
- EUSEBIO, C. de (2013): «Rafael Chirbes: “La tensión en el lenguaje debe entenderse como tensión en el proceso de aprendizaje al que se somete al lector”». *Cuadernos hispanoamericanos*, 757-758, 247-257.
- HERRALDE, J. (2006): *Por orden alfabético. Escritores, editores, amigos*. Barcelona: Anagrama.
- LLUCH-PRATS, J. (ed.) (2021): *El universo de Rafael Chirbes*. Barcelona: Anagrama.
- SANZ VILLANUEVA, S. (1992): «La novela». En Rico, F. (ed.): *Historia y Crítica de la Literatura Española*. Vol. IX: *Los nuevos nombres: 1975-1990*. Barcelona: Crítica, 249-284.
- VAL, F. del (2014-2015): «Biocronología de Rafael Chirbes». *Turia*, 112, 280-305.

¹⁹ Sin tilde en el original. En la cubierta también se lee: «Este vale»; esta primera parte comienza en «Abril de 1984» y concluye el «20 de agosto de 1992». Las seis partes de los *Diarios* validadas por Chirbes para la publicación están disponibles en su Fundació.

APÉNDICE: EDICIÓN DE *LA OTRA MITAD*, DE RAFAEL CHIRBES*

[f. 1r]

LA OTRA MITAD

Rafael Chirbes

A Manolo Vázquez Montalbán

Se había acostumbrado a vivir así. Se movía sigiloso entre la multitud que aguardaba su turno en la cola del banco para sacar dinero con la tarjeta American Express, compraba con algunos *youanes* al recepcionista para que le consiguiera la confirmación del billete de avión, una entrada para algún espectáculo, o los servicios de una muchacha de rostro de porcelana, conseguía conversar en idiomas imposibles con los b[á]rmanes de hoteles y de locales nocturnos durante horas, para no sentir la soledad. A veces hasta se fumaba un cigarrillo con el último taxista de la noche o le pedía que le acompañase a descubrir algún lugar que él no conocía, y cuando llegaba a la habitación, caía derrumbado por el cansancio y por el alcohol. Luego, durante el día, el trabajo lo mantenía ocupado.

De buena mañana ya lo esperaba el intérprete en el hall del hotel y también, con frecuencia, alguno de los ejecutivos de empresa con los que estaba citado de antemano, para negociar aquellos pedidos –seda y calzado– en cuya gestión se había especializado. Desde su remota ciudad, le llegaban fax con la descripción minuciosa de lo que necesitaban los grandes almacenes, y él se encargaba de poner en marcha la maquinaria productiva y de [f. 3r] que la fabricación fuera idéntica en hechura y calidades a la solicitada y que también los precios se ajustaran a los que sus clientes exigían.

Los días discurrían amables, sin sobresaltos, en miserables talleres que olían a tinta, en t[e]nerías que apestaban a animales muertos, a podredumbre. Despachos destartados, siempre amueblados con sillas desparejadas, tazas de té que al principio empezó a consumir por cortesía y que ahora paladeaba con placer y comparaba en su mente con las que había tomado en otro taller el día anterior,

* Se edita el texto mecanografiado por Chirbes, a una sola cara y sin numerar, en poder de Alejandro Nogales Hernández. Se respeta la disposición en párrafos; la ortografía, salvo las letras y los signos señalados entre corchetes, que subsanan lapsus u opciones fonéticas rechazadas en la actualidad («barmanes», «tanerías», «Kooloon», «nausea»); y la puntuación, pese a que alguna coma podría haber sido sustituida por un punto y coma, y a que hoy en día los milenios no se separan con un punto: «1.994».

o en el restaurante, y banquetes que cada vez le parecían más apetitosos, porque ya no sabía distinguir demasiado bien cuando expresaba sus sentimientos de cuando se limitaba a dar muestras de gratitud. Además, había empezado a manejar con habilidad los palillos, o a gesticular de un modo semejante al de sus anfitriones y a decir algunas palabras entre sonrisas, y esos pequeños detalles le hacían gozar con mayor intensidad de todo. [«]Sasha[»], decía, y la camarera del restaurante se escapaba sonriendo, y con un leve sonrojo en el rostro que se le adivinaba bajo los polvos de arroz. *Sasha*, como explicaba él cuando cada tres o cuatro meses volvía a su país con el pedido puesto en puerto, quería decir en chino «gracias»[.]

También decía en casa, ante su mujer, sus hijos o sus amigos, «me gusta mucho oriente», y esa palabra, «oriente», le traía, desde la distancia, el hedor de los canales de Yakarta, el rumor de la lluvia del monzón cayendo sobre las arboledas de Ghouanzhou, la agitación y el olor de gasolina mal quemada y el estruendo de los timbres de los *put put* en Bangkok y el brillo [f. 5r] dorado de los tejadillos de los templos al atardecer. La verdad es que oriente, visto desde su ciudad, se le aparecía como un deslumbrante folleto turístico en el que hasta lo fétido mostraba el encuentro de lo exótico. Cerraba un instante los ojos, mientras les describía cosas así a los otros comensales y chupaba la punta de su cigarrillo y creía percibir un aroma de clavo mezclado con el del tabaco, y hasta le parecía escuchar, muy lejos dentro de sí, el lamento interminable y armónico de una canción china que lo estremeció cierta tarde y lo puso al borde de las lágrimas mientras visitaba los sórdidos talleres de una fábrica de seda de Souzou. Disonaba la radio que la transmitía, que además estaba puesta a todo volumen, y sin embargo, había sentido una desolación inmensa entre aquellos hombres delgados y sudorosos que se inclinaban sobre las piezas en estampación y las adolescentes acurrucadas sobre las máquinas de coser que le mostraban la fragilidad de sus nuca.

Lo había pensado a veces. Su melancolía allí, en la lejana China, la que lo asaltaba entre los montones de coles y los peces que exhalaban su último suspiro encima de los mostradores instalados en plena calle, o mientras escuchaba aquellas músicas en las que uno no sabía distinguir muy bien hasta dónde llegaba la tristeza del lamento humano y cuándo lo que sonaba era únicamente el gemido de un violín, le parecía el haz intenso de la que sentía, como un descolorido revés, en su ciudad, mientras miraba a su hija pequeña llevarse la cuchara a la boca y hablarle en una voz que siempre le extrañaba al principio, como si también la niña tuviera que haber hablado con él en uno de aquellos idiomas

imposibles en los que él se dirigía a los camareros de los hoteles [f. 7r] solitarios cuando, a espaldas del encargado, le invitaban a una última copa, ya tarde en la madrugada, y le pedían que no dejara de hablarles de aquel país lejano de dónde venía. A veces tenía la impresión de que alguien había cortado a los hombres por la mitad y había enviado cada mitad al otro extremo del mundo y que, por eso, no eran felices, porque para ser felices necesitarían encontrar a la otra mitad que los buscaba.

A su mujer nunca le había contado nada acerca de la tristeza que lo invadía por las noches en oriente. Su peregrinaje por las desoladas barras de hoteles que parecían abandonados, ni tampoco cómo la buscaba en el fondo del vaso de whisky una y otra noche, como si ella se hubiera perdido entre las rocas de hielo, y aún pudiera encontrarla antes de subir a la habitación del hotel. No, nunca le había contado cuántas noches la buscaba dentro de los ojos de aquellas muchachas de porcelana que se presentaban sigilosas en la habitación si uno llamaba por teléfono al recepcionista y pronunciaba algunas palabras ininteligibles, y un rato antes, como sin querer, había dejado caer unos *youanes* al pasar junto al mostrador de mármol.

Durante sus primeros viajes, mientras comía con sus socios en algún restaurante, veía a las mujeres chinas, pequeñas y delicadas como una estatua de porcelana, con sus caras empolvadas, y luego las imaginaba devorando perros, gatos, ratas, alacranes y serpientes, y se apoderaba de él una indefinible n[á]jusea, cuando pensaba que tenía que acercar su boca a las de ellas para besarlas. En la primera ocasión en que estuvo con una de aquellas seductoras y bellas muchachas, creyó adivinar el olor de la comida en su [f. 9r] sudor. Fue una tortura.

Pero de eso nunca había hablado con su mujer y ni siquiera con los amigos, que le preguntaban groseros acerca de las peculiaridades de los cuerpos y de las costumbres de las muchachas chinas. «¿Son tan delicadas como dicen?». «¿Es verdad que no tienen vello y que su vagina apenas sí admite un órgano normal, de tan pequeña como es?» No. El les hablaba de la primera vez que comió un plato de «lucha de fénix contra dragón y tigre», el guiso que, según la tradición cantonesa, oculta bajo un nombre extremadamente poético, algo tan simple como un estofado de gallina, gato y serpiente. Los amigos lo miraban aprensivos cuando les describía la minuciosa ingestión del plato, y adornaba la descripción con rebuscados adjetivos, como si él mismo hubiera empezado a serles un poco ajeno, porque oriente –siempre decía «oriente»– hubiese empezado a infectarlo.

No es que ocultase nada especial, no, porque tampoco se le hubiera ocurrido contarle a su mujer la vez que lloró en la estación de Ko[w]loon, el barrio peninsular de Hong Kong, cuando descubrió que el andén era subterráneo y no había mozos que pudieran ayudarle a llevar todas aquellas maletas con las que viajaba, y que tampoco había escaleras mecánicas, por lo que se vería obligado a transportarlas a mano en sucesivos e incomodísimos paseos, con la consiguiente angustia de que alguien pudiera robarle. Todos aquellos miles y miles de chinos se empujaban a su alrededor y le empujaban también a él buscando un puesto en la gigantesca cola ante la aduana. Esa vez, le había fallado su capacidad para moverse, le habían fallado sus reflejos, o había [f. 11r] sentido miedo de sacar un billete de diez *youanes* y mostrárselo a alguien para que le ayudara, y que aquella multitud de seres, a quienes la cercanía de la frontera había vuelto ansiosos, se abalanzara sobre él para robarle y despedazarle.

No. No se lo había contado, ni tampoco que, ahora, cuando volvía a casa, no se acostumbraba al olor del ambientador de la habitación que compartía con ella, y que se asfixiaba por las noches en el adosado que, gracias a sus viajes orientales, estaban a punto de terminar de pagar en aquella urbanización que les había parecido al principio por encima de sus posibilidades y en la que, ahora, los vecinos, en las cada vez más espaciadas estancias de él, los invitaban a cenar y le pedían que les contara anécdotas de sus interminables recorridos: las piezas de seda, la nuca de las muchachas inclinadas sobre la máquina de coser, los exóticos menús, los mercados entrevistados al paso.

Era curioso, pero se había acostumbrado a vivir así, de un sitio para otro, como si vigilara los pedazos dispersos de sí mismo. Y cuando estaba con su mujer, echaba de menos la tristeza con que la buscaba cada noche en el fondo de los vasos. La ansiedad con que creía que iba a encontrarla debajo de la camisa de seda que una delicada muchacha de porcelana empezaba a desabrocharse en la habitación del Hotel de los Cisnes de Pekín. La melancolía con que aguardaba su llegada después de que telefoneaba a la recepción, en cuyo mostrador había dejado unas monedas pocos minutos antes. Abría la puerta ilusionado, y la buscaba a ella entre aquellos labios que le parecía que aún exhalaban el desvaído perfume de los alacranes azucarados. Y la añoraba en las solitarias barras, y ella estaba [f. 13r] más presente en aquellas palabras pronunciadas en inglés, que el camarero apenas entendía, que en la alcoba del adosado, cuyas cortinas corría cada noche con un gesto de tristeza, o de ansiedad.

A veces lo pensaba, ella corría las cortinas de la alcoba con la ansiedad de alguien que compitiese con su verdadera mujer. Se desnudaba, y no era exactamente ella, se metía en el baño para ducharse, y él oía caer el agua de la ducha y sabía que, cuando volviera a abrirse la puerta, no saldría ella. Y eso lo hacía sufrir. Cuando se abrazaban a oscuras y se ensamblaban el uno en el otro, lo apresaba un insoportable sentimiento de traición, como si, en esas ocasiones, le estuviera siendo infiel a ella, que tan dulcemente lo había mirado desde el fondo de un vaso.

Ella le hablaba de la ropa que había que comprarles a los niños, le mostraba el mueble nuevo del televisor, o la obra que había tenido que hacer en la cocina durante su ausencia y de la que la constructora se negaba a hacerse cargo. Y los niños se peleaban durante el desayuno y no paraban de hacer ruido cuando él se encerraba en el despacho para leer el periódico, y todo se estrechaba en torno suyo como una camisa que apenas le abarcase el cuerpo.

Todo le parecía menos real que cuando, desde muy lejos, escuchaba sus voces por teléfono; cuando ella, por teléfono, le decía te quiero, una vez que ya le habían saludado los niños y se quedaban en una intimidad que el zumbido del aparato envolvía. «Te quiero», le decía ella. Y él, a continuación, se afeitaba, se vestía como para una fiesta, y bajaba al bar del hotel y pedía una copa y se perdía dentro de ella en la soledad de la barra. [f. 15r]

Tenía hasta sus teorías establecidas, y a veces le daba por pensar que en los espacios interminables de oriente vagaba la mitad buena de sí mismo, porque en su propia casa, ante el televisor, jamás sentía esa dosis de tristeza que lo invadía en las salas de espera de los aeropuertos, o cuando escuchaba el lamento de los violines chinos y el sonido de los timbres de las bicicletas como el rumor de una bandada de pájaros que cruzara el bosque al amanecer.

Por amor a su mujer y a sus hijos había aceptado compromisos cada vez más rigurosos, estancias fuera de casa cada vez más prolongadas, y con los besos que daba en los labios de aquellas frágiles muchachas chinas que parecían a punto de romperse bajo el impulso de su pesado cuerno occidental, sentía que preservaba la felicidad de lejos, aquella que lo asaltaba una vez a la semana por teléfono, cuando los niños le decían papá, y daban un beso al lejano auricular, y luego ella le decía, ya a solas, con aquel zumbido de fondo que era como una bóveda de cristal de diez mil kilómetros de ancha, «te quiero».

Luego, mientras se afeitaba desnudo, la imaginaba a ella quitándose despacio las medias y ofreciéndose al agua de la ducha, y en aquel instante, inmediatamente después de interrumpida la conversación, sentía una fatiga suave, como la que se siente una vez concluida la ceremonia del amor, y era como si las dos mitades del mundo se encontraran durante algunos momentos en una evanescente ceremonia, y a continuación fuera de nuevo necesario salir a buscarla. Miraba la hora de despegue del avión de Bangkok en el billete, doblaba cuidadosamente las camisas antes de meterlas [f. 17r] en la maleta, pensaba en todo lo que le quedaba aún por hacer a la mañana siguiente antes de llegar al aeropuerto, tomaba algunas notas en la agenda, y se vestía para cenar, como si fuera a asistir a una fiesta. Ya desde la puerta del ascensor, escuchaba la melancólica música de violines que sonaba en el bar.

Valverde de Burguillos, octubre de 1.994.

Jacobo LLAMAS MARTÍNEZ
Universidad de León
jllam@unileon.es
<https://orcid.org/0000-0001-5883-353X>